

## UNA SALVACIÓN MARAVILLOSA

La locomotora N° 449 del ferrocarril de Pensilvania no difiere en nada de las demás, y sin embargo se produjo con ella un hecho que tal vez no tenga igual en la historia de las locomotoras. Era una noche fea y oscura. Llovía torrencialmente. A través de la borrasca rugía el tren expreso en vertiginosa carrera. Estaba atrasado y debía ahora, a pesar del viento contrario, recuperar el tiempo perdido. El maquinista escrutaba la oscuridad no sin manifestar cierta aprensión. ¿Qué sería de ellos si algún guardavías hubiese descuidado su deber y las aguas hubieran falseado algunos de los durmientes donde se asentaban los rieles? No le era posible, sin embargo, moderar la velocidad del tren que, volando a través de las quintas, producía un rumor horrisono al pasar por encima de los extensos puentes metálicos. Y las luces de señal surgían como luciérnagas en medio de las tinieblas para volver a desaparecer en el próximo instante. El potente reflector eléctrico, en la parte delantera de la locomotora, lanzaba su haz de luz en medio de la oscuridad e iluminaba el corto trecho del camino que el próximo segundo había de trasponer.

Pero, ¿qué es eso? En el haz de luz lanzado por el reflector se agita un espectro en forma de mujer, cuyo manto parece flotar al viento. De vez en cuando la sombra levanta sus contraídos brazos como para decir que no deben avanzar más. El maquinista, aunque asustado, procura dominar el miedo. Tal vez la vista fatigada lo engaña. Entre tanto, nota que también el foguista observa con pavor la sombra. Sí, allí está, y les hace señas de nuevo agitando sus formidables brazos.

-¡Francisco! -grita el foguista-, ¡Francisco, haz parar el tren! Pronto llegaremos al puente sobre el río, ¡no lo pasemos! Veamos primero si está todo en orden. Y Francisco, cediendo a un sentimiento de terror invencible detuvo el tren.

-¿Qué sucede? -grita el guarda, dirigiéndose espantado hacia adelante. Francisco casi siente vergüenza de confesar lo que lo indujo a parar el tren, tanto más porque el negro espectro había desaparecido.

-Bien -dijo-, no puedo precisar lo que vimos, pero nos pareció ver un fantasma que corría delante del tren, haciéndonos señas con sus contraídos brazos como para avisarnos que no debíamos avanzar.

-¿Estás loco? -le preguntó el guarda en tono de burla. No obstante, todo el personal se dirigió al puente. Allá abajo rugía el río, revolviendo sus aguas en enormes remolinos, pero el puente... había desaparecido. Apenas sobresalían algunas vigas que se delineaban en el vacío del abismo. En este momento reapareció el espectro en el reflejo de la luz, haciendo señas una vez más con sus grandes brazos.

Conmovido, el pequeño grupo se detuvo delante de aquel fenómeno. -Francisco -dijo el guarda-, no es a nuestro destino, sino a Dios a quien debemos el haber sido salvados de una tremenda desgracia. Y meditando en lo ocurrido, todos volvieron al tren. Entre tanto, se presentaron también algunos pasajeros, pero ninguno pudo explicar el fenómeno. Por fin, un joven de Chicago pudo aclararlo.

-Aquí está el fantasma -dijo-, sosteniendo entre los dedos una gran mariposa nocturna- Este insecto, atraído por la luz del reflector, penetró en él, en alguna de las ocasiones en que éste estaba abierto, y se colocó en el lado interior del vidrio. De cuando en cuando salía de allí girando alrededor de la luz y proyectaba una enorme sombra. Los formidables brazos no eran otra cosa que sus alas. El curioso insecto, que se tornó así en un instrumento de salvación para tantos pasajeros, recibió un lugar de honor en esa locomotora, donde se lo puede ver todavía en una cajita de vidrio. Dios se puede valer de los medios más insignificantes para evitar un peligro, de los medios que muchos se complacen en llamar casualidad.